

cual acentuaba la curiosidad por verle actuar en vivo. El Patronato, en su sección habitual de publicidad en los periódicos, en la que presentaba a los directores invitados a través de breves entrevistas realizadas en los ensayos, anunció que Karajan era «la primera batuta del momento». Y añadía: «Al talento agrega una memoria prodigiosa, y a todo eso el don divino de la juventud: una juventud que parece asistida milagrosamente por la experiencia».

La curiosidad por ver dirigir a Karajan era tan grande que fue preciso prohibir la asistencia de público a los ensayos. De esos días nos ha quedado también un espléndido testimonio del poeta José Lezama Lima, quien con su inconfundible uso de las imágenes describía en una carta a su amigo José Rodríguez Feo su entusiasmo y alborozo por el concierto venidero: «Ahora me preparo a oír a Herbert de Karajan, joven director austriaco, dicen que muy bueno (...), mi yo alegre salta como una ardilla mordiendo un refajo gris violeta». Por su parte, uno de los músicos de la orquesta, al parecer mejor informado sobre los méritos de Karajan, declaraba a la prensa: «Yo tengo datos ya para mi humilde biografía (...) Pertenezco a la orquesta que por primera vez ha tocado en América dirigida por Karajan».

El primer par de conciertos tuvo lugar el domingo 20 y el lunes 21 de marzo de 1949 en el Teatro Auditorium, y el programa ofrecido al público estuvo compuesto por la obertura de *El cazador furtivo*, de Carl Maria von Weber, el poema sinfónico *Don Juan*, op. 20, de Richard Strauss, y la *Sinfonía n.º 4 en mi menor*, op. 98, de Johannes Brahms. En un inicio estaba programada la *Sinfonía n.º 35 en re mayor*, K. 385, de Mozart, también conocida como sinfonía «Haffner», pero un retraso en la llegada de las partes instrumentales que debían intervenir en la ejecución de esa obra dejó al público con las ganas de escucharla.

Los otros dos conciertos de Karajan tuvieron lugar los días 3 y 4 de abril. Como única pieza del programa, una de las obras que más tarde consagraría para la historia la labor como director del austriaco: la *Sinfonía n.º 9 en re menor*, op. 125, de Beethoven. De Von Karajan y la *Novena* se ha escrito ya suficiente. Algunas guías de grabaciones sitúan sus interpretaciones de esa obra entre las mejores que se hayan realizado jamás. La *Sinfonía no. 9* se convirtió en uno de los caballos de batalla en el repertorio del director de Salzburgo, al punto de que, por muchos años, hasta la muerte del director en 1989, los conciertos de fin de año que la radio alemana transmitía a toda Europa, presentaban

invariablemente esa sinfonía de Beethoven dirigida por Herbert von Karajan.

De su respeto y admiración casi reverentes por esa obra dan fe sus escuetas palabras a un periodista habanero que trataba de entrevistarlo en pleno ensayo: «No debemos restar un solo minuto a los ensayos. La *Novena Sinfonía* siempre hay que ensayarla un poco más, y cinco minutos de descanso son demasiados minutos quitados al estudio».

Fue sin duda ese mismo respeto el motivo por el cual el director, antes de comprometerse con el Patronato acerca de la interpretación de la *Novena*, quiso comprobar la calidad de los coros y la orquesta a los que iba a enfrentarse en La Habana. Obviamente, los músicos cubanos de entonces pasaron la prueba, pues a los pocos días de su llegada a la capital, después de apenas dos ensayos con la orquesta y los coros, se confirmó la noticia de que el programa de los dos últimos conciertos incluiría la gran obra de Beethoven.

El crítico Antonio Quevedo señalaba en un comentario a ese concierto: «Herbert de Karajan ha coronado su breve actuación en La Habana dirigiendo la «*Novena Sinfonía de Coros*», dando una versión magnífica por todos conceptos. Se han hecho los más escrupulosos ensayos y podía esperarse el resultado que culminó en el concierto popular de la radiante mañana del domingo. Es prácticamente imposible entrar en detalles de esta notabilísima ejecución de la Filarmónica Baste decir que hemos escuchado matices en los instrumentos de aliento que pocas veces se han oído en Cuba».

Para concluir, baste añadir a los comentarios de Quevedo que esas fueron la oncenava y duodécima ocasión en que la Orquesta Filarmónica interpretó en La Habana esta gran obra del genio de Bonn, y que el público, como en ocasiones anteriores, abarrotó el Teatro Auditorium también aquel domingo 3 de abril de 1949. Los pasillos del coliseo del Vedado se llenaron de sillas y banquetas plegables, y a pesar de eso, a muchos no quedó otra alternativa que oír el concierto de pie. Una vez más el público de La Habana podía disfrutar de esta obra cumbre del repertorio sinfónico, desde aquella primera audición que protagonizaran, en febrero de 1933, Amadeo Roldán y María Muñoz de Quevedo al frente de la Orquesta Filarmónica y de la Sociedad Coral de La Habana, respectivamente.

De la capital cubana Karajan partió a Buenos Aires, donde continuó cosechando éxitos similares con un concierto sinfónico de pretemporada. A La Habana cupo, sin embargo, la suerte de ser la pri-

mera parada americana en una larga y vertiginosa trayectoria hacia un encumbramiento que quizás todavía hoy resulte molesto para muchos. Si bien es cierto que pocos directores de orquesta alcanzaron tal aureola de leyenda ni cultivaron con mayor ahínco su propio endiosamiento, tampoco por ello hay que olvidar los aportes que este director hizo al desarrollo de la música, algunos de los cuales trascienden los aspectos meramente interpretativos para adentrarse en el mundo de la experimentación sonora, de la tecnología y la ciencia aplicada al arte musical.

Gracias, en parte, al inagotable entusiasmo de Karajan por perfeccionar la técnica de grabaciones, podemos contar hoy con la calidad de sonido del disco compacto, para cuyo desarrollo contribuyó con no escasos recursos propios. Algunas instituciones financiadas con su cuantiosa fortuna se dedican actualmente a investigar los efectos de la música en la psiquis humana o en el funcionamiento fisiológico de los seres vivos. Su colaboración con tantas orquestas del mundo, aunque muy efímeras algunas, dejaron su huella en la historia musical de la segunda mitad del siglo XX. Asimismo, su visita a La Habana en 1949 forma parte imborrable de nuestro extenso y rico —y a veces olvidado— pasado cultural.

Emilia Pardo Bazán

Ofrece á V. su casa, calle
de Ferrano, 68, 3.º izq.

Los lunes por la tarde de 4 y media á 7.

Los jueves por la noche desde las 9 y media

Tarjeta de visita de Emilia Pardo Bazán. Museo Lázaro Galdiano. Madrid